

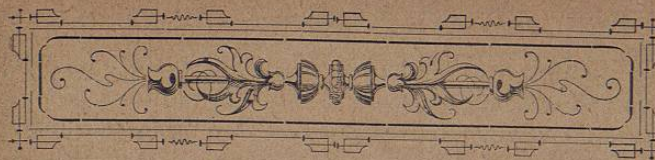
corazón, tuya mi vida, tuya mi alma, tuyas mis obras, y todas las hago por tu amor...

Cuando caen en alguna falta de esas que cometen hasta los justos, miran al Amado, y como si lo hubieran entristecido con ella, le dicen: ¿Estás disgustado, Bien mio? ¿Qué tienes? ¿Te has enojado conmigo? ¿Y por qué? ¿Por aquella culpa? ¡Perdón, Jesús de mi alma, que yo me corregiré! ¡Soy tan fragil! ¡Soy tan debil! ¡Pero te lo prometo! Quiero enmendarme, y con tu gracia lo conseguiré. ¡Ayúdame, Dios mio, pues sin tí nada puedo!...

Si la tribulación las cerca, si sufren un desaire ó una injusticia, si se ven humilladas, si padecen algún mal, se ofrecen víctimas de amor, y exclaman: ¿Ves lo que me pasa, Dios mio? ¿Te consuelan mis lágrimas? ¿Te agrada que llore? ¿Te gusta que padezca por tu amor? ¡Pues tu gusto es el mio y no quiero tener otro sobre la tierra! Con tal que me dejes suspirar postrada á tus plantas, me doy por satisfecha, porque tu amor endulzará mis penas y será el bálsamo de mis males. Tú conoces mis ansias, tú ves lo que sufro, tú sabes lo que padezco, y esto le basta á mi corazón. ¡Ámete yo, Dios de mi alma, que todo lo demás me importa poco!...

¡Qué hermoso es este pensamiento! La religiosa que vive penetrada de él, ama á Dios y es de Él amada; le posee y es de Él poseida, y mientras más completa es esta posesión, más alta es su perfección y más grande su dicha. Pero no es esto todo: hay otros medios de perfección necesarios para el religioso, medios de que te hablará cuando llegue su hora, éste tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.



XVIII

RELACIONES ENTRE LA RELIGIÓN, LA SANTIDAD Y LA PERFECCIÓN: OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE TRABAJAR PARA ALCANZARLA.

Qui justus est justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.

AP. 22. II.

El justo justifíquese más, y el santo santifíquese más.

AP. 22. II.

CARÍSIMA en Jesucristo: Dice el adagio que cada loco con su tema, y yo digo que cada cuerdo también, porque no es pequeña cordura andar siempre alrededor de lo que nos conviene y traer entre manos aquello de que podemos sacar algún provecho. Por esto más que por lo otro insistes tanto en que te aclare bien el concepto de la santidad, para poder conocerla y alcanzarla, añadiendo con candor casi infantil: "Si por mi mucha miseria ó por no estar en mi mano no puedo llegar á santa, quiero muy de veras ser perfecta, y si á tanto no alcanza mi flaqueza, me contentaré con ser una buena religiosa, porque con menos que esto es imposible que yo pueda contentarme."

Estas palabras me indican que para tí la perfección, la santidad y el ser buena religiosa son tres cosas muy distintas, tan distintas por lo menos como el Cura,

el Alcalde y el Médico de tu pueblo: y sin embargo, yo pienso demostrarte en ésta que la santidad, la perfección y la bondad religiosa no son tres cosas diversas, sino una misma cosa, mirada desde tres puntos de vista diferentes; y por consiguiente, que para ser santo, basta ser buen religioso, y ser buen religioso es ser perfecto, con la perfección que podemos tener aquí, la cual será siempre incompleta.

El lenguaje que muchos emplean al hablar de la santidad, indica que no han meditado bien el asunto, ni tienen ideas claras y concretas acerca de la santidad. "Yo quiero ser santo," dice con frecuencia el religioso de buen temple. "Yo he venido á santificarme," exclaman á cada paso los novicios cuando entran en religión. "Yo deseo llegar á la cumbre de la santidad," dice muchas veces la monja fervorosa; mientras que, por el contrario, el religioso tibio y la monja disipada contestan á esos arranques de fervor con estas expresiones más frías que el granizo: "¡Qué locura! ¡qué vanidad! ¡qué arrogancia! ¡qué imprudencia! ¡ahí es nada! pretender ser santo! ¡Yo me contento con menos: aspirar á ser santo es poner la mira muy alto para lo que yo puedo: me basta con ser bueno!," Y lo peor es que quien habla así, se queda tan fresco, pensando que habla y obra con prudencia.

Pues á uno y á otro, al religioso que quiere ser santo, y al que se contente con no serlo, se le podía preguntar: ya que deseas ser santo, ¿sabes á punto fijo en qué consiste la santidad? Y tú, que te contentas con ser bueno, sin querer ser santo, ¿sabes si es posible conseguir lo que deseas? ¿sabes si el no aspirar á ser santo es renunciar para siempre á ser buen religioso? ¿Crees que para ser santo se necesita algo más que ser un buen religioso? ¿Piensas acaso que la religión y la santidad son cosas tan diversas como un libro y un

melón? ¡Pues te equivocas! La fe y la razón enseñan lo contrario, y puede demostrarse con la autoridad y doctrina del Angélico Doctor.

Según Santo Tomás, la diferencia que hay entre santidad y religión, entre santo y buen religioso es tan imperceptible que no es más que una diferencia de razón. La religión es la virtud que dedica y consagra á Dios todos los actos del hombre, y la santidad es la dedicación ó consagración que el hombre hace á Dios de sí mismo y de todas sus obras. Religioso ó buen religioso es aquel que está ligado y religado íntimamente con Dios, y santo, según la fuerza etimológica de la palabra, es el que está unido á Dios con tal firmeza, que no puede separarse de Él; y tanto al uno como al otro lo une con Dios el dulce y suave lazo del amor divino, sea mayor ó menor el número de nudos que esa lazada tenga. De donde se sigue que santidad y religión, buen religioso y santo, aunque parezcan dos cosas muy distintas, son casi idénticas, son casi una sola y misma cosa.

Si consideradas de este modo, se halla tanta identidad entre la santidad y la religión, entre el santo y el buen religioso, consideradas desde otro punto de vista veremos también que apenas hay diferencia entre la santidad y la perfección cristiana, entre el varón santo y el perfecto. El Apostol Santiago nos asegura que toda cosa buena y todo don perfecto nos viene de arriba, del Padre de las luces; y la fe nos dice y la razón demuestra que todo lo que da Dios, es porque lo tiene y lo contiene en sí por modo eminente y maravilloso. Luego un don tan alto como es la santidad, de Dios nós ha de venir por ser Él la única fuente de Santidad, tan buenísimo y tan santísimo que el cántico siempre antiguo y siempre nuevo que resuena en las alturas, es el ¡Santo, Santo, Santo! que hace extreme-

cer de júbilo al Empíreo, como testimonio perenne y jamás interrumpido de la santidad divina.

Ahora, pues, la santidad en Dios ¿qué es? ¿Es su misericordia, su justicia, su inmensidad, su omnipotencia ó cualquiera otro de sus atributos? ¡No! la Teología católica no encuentra otro fundamento de la santidad de Dios, más que el amor necesario y eterno de sí mismo, de sus perfecciones infinitas y de su sér perfectísimo. El amor divino es la santidad por esencia, el acto constituyente y constitutivo de toda santidad. Luego en el hombre no puede ser la santidad otra cosa más que una participación de ese amor divino, y mientras más participe de él y más amor tenga de Dios, más santo será.

Por otra parte, demostramos en la anterior que la perfección religiosa es la posesión de Dios por amor, es el mismo amor divino participado á la criatura: y de ambas demostraciones resulta que la santidad, la perfección cristiana y el amor de Dios son una sola cosa con tres nombres distintos. El hombre más santo y más perfecto será siempre el que más ame á Dios, y el amor será en el Cielo y en la tierra la medida de la santidad y de la perfección, desde el alma que ocupe el grado más ínfimo en esa escala, hasta el supremo serafín, hasta la Virgen sin mancha, hasta la Humanidad sacratísima de Cristo, que ocupa el lugar supremo en esa escala misteriosa de los Santos.

Este amor, esta santidad y esta perfección no puede ser aquí en la tierra, bajo cualquier aspecto que se considere, más que un amor, una santidad y una perfección iniciada que tendrá su complemento en la otra vida, allá en las regiones de la luz divina, entre los esplendores de los santos; pero, mientras vive en este valle de lágrimas, obligación grave tiene el religioso, por serlo, de procurar crecer cada día en santidad y

perfección para cumplir aquello que dice Jesucristo en el Apocalipsis: El que es justo, que se justifique más; y el que sea santo, que se santifique más.

Por esta razón el buen religioso no se contenta ni puede contentarse con ser bueno, porque está obligado á procurar ser mejor, aspirando á mayor perfección cada día; y de aquí la conocida y repetida sentencia de los Santos Padres, que en el camino de la virtud, no ir adelante es volver atrás, y no progresar es retroceder. Y no es mucho que los Santos digan esto, puesto que el Santo de los Santos dijo, que "el que pone mano al arado y mira atrás, no es á propósito para el reino de los Cielos." Pues si en el camino de la virtud, sólo el mirar atrás hace inepto al hombre para el reino de Dios, ¿qué será pararse en ese camino? Ya lo dijo San Agustín en una de sus cartas á Demetrio: En este camino mirar atrás equivale á pararse, pararse es no adelantar, no adelantar equivale á retroceder; y así, si no queremos volver atrás, es menester que siempre procuremos ir corriendo hacia adelante. *Si volumus non redire, currendum est.*

Si no queremos que la corriente de las pasiones arrastre la barquilla de nuestras almas al mar de la culpa, menester es bogar y remar siempre, porque, desde que dejemos de hacerlo, iremos agua abajo hacia el abismo. Y ¡ay dolor! cuántos son arrastrados! y á qué estado tan lastimoso llegan! Bien lo dijo el mismo Santo: "Desde que comencé á servir á Dios, no he conocido mejores cristianos que los que viven en los monasterios, cuidando de su aprovechamiento espiritual: pero tampoco los he visto peores que los que cayeron en relajación por no procurar su adelanto en la virtud. Y concuerda muy bien con esta tremenda sentencia de S. Agustín aquel axioma filosófico que dice: *Corruptio optimi pessima.*

De suerte que humanamente hablando, hay poco que esperar y mucho que temer de los religiosos descuidados de su propia santificación: de los que empiezan á malearse por no trabajar en adquirir la perfección á que están obligados y en la cual deben crecer siempre. Del árbol bien regado y cultivado que comienza á palidecer en primavera y se le cae la flor y con ella el fruto, quedando solamente con algunas hojas y éstas de color pajizo y amarillo, poco se puede esperar y mucho se puede temer. Ese árbol tiene la raíz dañada, ó la savia corrompida y ambas cosas son harto fatales.

Otro tanto puede decirse del religioso descuidado que va perdiendo poco á poco las flores de las virtudes y los frutos de la santidad. Por eso para prevenir ese daño debíamos grabar en nuestros corazones aquella sentencia de Jesucristo: El que es justo que se justifique más. El religioso que sea perfecto, que se perfeccione más, y el que sea buen religioso, que se haga mejor cada día, practicando con más ardor é intensidad su virtud propia que es la Religión; y de este modo se hará más perfecto y más santo, porque la religión, la santidad y la perfección tienen tan íntimas relaciones entre sí, que sin dejar de ser cada una lo que es, todas tres son sustancialmente una misma cosa, puesto que las tres se identifican con el amor de Dios bien entendido. Este amor debe informar todas nuestras obras y todos los actos de nuestra vida. Él ha de hallarse en la humildad, y en la obediencia, y en el padecer, y en la pobreza, y en la castidad, y en la paciencia, y en todas las virtudes, porque sin él ninguna vale nada. Ama, pues, á Dios en todo y por todo, y pídele la misma dicha para tu afectísimo Padre,

FR. A.



XIX

LOS VOTOS, MEDIOS ÓPTIMOS DE PERFECCIÓN.

Redde Altissimo vota tua.

Ps. 49. 14.

Cúmplele al Altísimo tus votos.

AMADA en Jesucristo: Me dices con mucha gracia que no sabes "á dónde vamos á llegar por este camino que llevamos, porque como la perfección es cosa tan alta y tan extensa, estaremos hablando de ella todo el año, sin llegar á tratar de los votos religiosos, que es lo que yo deseo y lo que más me importa."

No te apures por tan poca cosa, Sor Margarita, que si tú no sabes á dónde vamos á parar ni cuándo llegaremos, yo te digo que no vamos á llegar, sino que hemos llegado y nos encontramos ya en el punto á donde deseabas ir. Porque una vez que hemos visto en qué consiste la perfección religiosa, qué cosa es la santidad y qué relaciones ó puntos de contacto hay entre ambas; conocido ya lo que debemos entender por perfección religiosa, viene como anillo al dedo tratar de los medios para conseguirla. ¿Y qué medios son éstos más que los votos religiosos?

La esencia de la santidad y de la perfección reli-

giosa hemos dicho que consiste en el amor divino, en la caridad; pero de tal modo, que ella es la forma, la vida, la madre, el fundamento, el vínculo y el fin de todas las virtudes, tanto, que sin ella ninguna virtud merece el nombre de tal. Mas acontece que hay otras virtudes cuya práctica da incremento y vida al amor divino, virtudes cuyo ejercicio es necesario al hombre para llegar á la perfección del amor, y esas virtudes son precisamente las que forman la profesión religiosa, esto es, la pobreza, la castidad y la obediencia; y hénos aquí ya, tratando de los votos religiosos, cosa que tanto deseabas.

Difícilmente llegará un alma á la perfección del amor divino sin el voto de pobreza, ó sin renunciar voluntariamente todos sus bienes, porque afirma Jesucristo en su evangelio que "el que no renuncia cuanto posee, no puede ser su discípulo," (*Luc. 14, 33.*) Y más expresamente aún se lo dijo al otro joven que le preguntó lo que debía hacer para llegar á la perfección: "Si quieres ser perfecto (le dijo el Salvador) vende cuanto tienes, repártelo entre los pobres, y después sígueme," (*Marc. 8, 34.*) El corazón humano se apega desmedidamente á los bienes de este mundo miserable; en la posesión de ellos hace consistir muchas veces su felicidad, en ellos pone su afición, su amor y su cuidado; y esto, dicho se está que es un grave impedimento para adquirir la perfección del amor divino. De aquí la célebre y conocida sentencia de S. Agustín: "Poco, Señor, te ama, el que ama contigo otras cosas, si no las ama por tí." Pues ese grave impedimento para la perfección lo alejamos de nosotros con la renuncia voluntaria de todo cuanto podemos tener, y por eso el voto de pobreza es un medio poderoso para llegar á la perfección que pretendemos.

Otro tanto debe decirse del voto de castidad, de la

total abstinencia de los placeres sensuales, porque esos placeres (aun cuando los hace lícitos el último sacramento) son de ordinario un fuerte obstáculo para llegar á la perfección deseada. La fragilidad del hombre es muy grande en este punto, su miseria es indecible, y los afectos de su alma se van hacia las criaturas, defraudando al Criador del amor que le debe, tanto que en frase del Apóstol la persona casada tiene dividido el corazón; dividido entre Dios y la familia, entre el cuidado de los bienes temporales y el cuidado de su santificación; y como tiene que atender á Dios y al mundo, á sí y á los suyos, claro está que mientras más se dedique á los otros, menos le quedará para sí; y que cuanto más tenga que atender á las cosas de esta vida, menos tiempo tendrá para atender á las de la otra. Pues este grande obstáculo, doble más fuerte que el anterior, lo remueve el religioso por el voto de castidad; así tiene expedita la vía, y puede con más facilidad llegar á la cumbre de la perfección.

Otro de los grandes obstáculos que hallamos en este camino es la volubilidad de nuestra voluntad, que ya quiere, ya no quiere, y llevada de su propia inconstancia hoy tiene por amargo lo que ayer le pareció dulce, y mañana tendrá por arduo y dificultoso lo que después creará fácil y hacedero. Este obstáculo queda superado por el voto de la obediencia que nos pone en la dichosa necesidad de no dejar ya el camino comenzado. Sin este voto bien cumplido, ó sin la virtud de la obediencia bien practicada, sería poco menos que imposible elevarnos á la región de la santidad; porque las condiciones impuestas por Jesucristo para conseguirla, todas predicán sumisión, rendimiento, sujeción y obediencia: "Niéguese á sí mismo, tome la Cruz y sígame." Estas son las condiciones que impone el Hombre-Dios al que quiera ser su discípulo,

al que quiera elevarse á las alturas de la perfección cristiana.

Y observa de paso, querida Margarita, que con esta obediencia arrancamos de nuestro corazón el más nocivo de los amores y el más opuesto al amor de Dios, el egoísmo, el amor propio que todo lo inficiona y envilece. El voto de la pobreza acaba con el amor de las cosas terrenas; el de castidad con el amor pegajoso é interesado de carne y sangre; y éste de la obediencia con el amor egoísta, que es el peor y el más estéril de cuantos se conocen. La pobreza voluntaria da muerte á la codicia y deseos de riquezas; la castidad á la concupiscencia y placeres de la carne, y la obediencia al desorden de nuestra veleidosa voluntad. Con la pobreza sacrificamos á Dios los bienes de este mundo, con la castidad los bienes del cuerpo, y con la obediencia los bienes del alma, ofreciendo así un perfecto holocausto en aras del amor divino. Y por eso te decía antes que las virtudes objeto de nuestros votos, son necesarias á la perfección del amor divino, de la santidad verdadera.

Y ya que te hablo de las virtudes, objeto de nuestros votos, quiero decirte una cosa en que muchos no reparan, y es la diferencia que hay entre el voto y la virtud. La confusión en este punto, hace que religiosas ignorantes discurren de esta manera tan des acertada: Hice voto de pobreza, luego soy pobre. Hice voto de obediencia, luego soy obediente... ¡Necedad se llama esta figura! ¡Ah! si para ser obediente bastara hacer voto de obediencia, ¡cuántos obedientes habría! Si para conseguir una virtud fuera suficiente hacer voto de ella, ahora mismo hacía yo voto de ser más santo que mi P. San Francisco! y mañana me tenías en el mundo arrastrando á las muchedumbres con fama de milagrero, y de santo; ¡pero no! el voto de

pobreza, el voto de castidad y el voto de obediencia, no es la virtud de la pobreza, ni la virtud de la castidad, ni la virtud de la obediencia, sino cosa muy distinta, tan distinta, que se puede pecar contra la virtud sin quebrantar el voto, porque una cosa es, v. gr., faltar á la obediencia y otra muy diversa infringir el voto de obediencia. Faltar al voto de obediencia, esto es, quebrantarlo, será siempre pecado mortal; y faltar á la simple virtud de la obediencia no es siempre culpa mortal, sino que puede muy bien ser venial, como de ordinario acontece. Todo pecado contra el voto lo es también contra la virtud, pero no todos los pecados contra la virtud lo son contra el voto directamente, porque éste se limita á lo grave y aquélla se extiende á lo grave y á lo leve. Sin embargo, es mucha verdad que quien falta frecuentemente á la virtud, se pone á peligro de faltar al voto, porque no en vano dice el Espíritu Santo, que el que no repara en cosas pequeñas, poco á poco caerá.

Otra diferencia muy notable entre el voto y la virtud, es que en ésta podemos crecer siempre y en aquél no. En este caso la virtud puede ser comparada á un tesoro, y el voto á la alcancía donde lo guardamos; el tesoro lo podemos acrecentar cada día, pero la alcancía no. Es verdad que ella será tanto más rica cuanto más riqueza contenga, y aumentará su valor á medida que aumenta el tesoro de las virtudes, y precisamente en aumentarlo está la felicidad y la perfección del religioso. Por lo dicho comprenderás que el voto es como un medio para alcanzar la virtud, y siendo medio no falta alguna ignorante que lo tome como fin, y una vez hechos los votos, crea que no hay más que hacer, y descuide las prácticas de las virtudes objeto de sus votos, quedándose por lo mismo dentro del claustro con más defectos y menos virtudes que los

seglares en el mundo. ¡Ven acá, religiosa necia y desgraciada, y más desgraciada que necia! dime: ¿Qué haces? ¿cómo discurre? ¿por qué te engañas de un modo tan deplorable? ¿Qué piensas tú que hiciste con la profesión de tus votos? ¿Qué hiciste, sino adquirir tres alcancías para guardar en ellas los tesoros de la obediencia, de la castidad y de la pobreza? ¿Y para qué te sirven esos trastos vacíos, sino para que se burlen de ti los ángeles, los hombres y los demonios? ¿Crees, tontona, que por tener simplemente tres alcancías para guardar dinero, eres ya rica? Las tienes acaso llenas? ¿Has atesorado mucho? Suénalas y verás que están vacías y suenan á huecas, ó á lo más producen el sonido de alguna monedilla que tienen dentro: y después de todo, quiera el Cielo que esas monedas no sean falsas ó de mala ley, porque si no, ¿qué va á ser de tí el día que se rompa y te halles en cruz y en cuadro? ¡Valiente chasco vas á llevar si no tomas otro camino y atesoras méritos para la eternidad!

Dispensa, querida Margarita, que esto no va contigo, sino con tu vecina, quiero decir, con otra que se puso junto al lugar que ocupabas en mi mente, al empezar el párrafo anterior. Eso se queda para ella, y á tí te repetiré las palabras con que comencé la presente: *Redde Altissimo vota tua!* ¡Cúmplele tus votos al Altísimo y cúmplese los con fidelidad! Para que así lo hagas, quiero hablarte despacio sobre ellos. Si no te parece mal, estudiaremos antes la naturaleza y propiedades del voto en general, y después haremos aplicaciones prácticas á nuestro estado. Con esto ya sabes la materia sobre que ha de versar la siguiente, y sólo te encargo que pidas á Dios acierto para que á su mayor gloria pueda escribirte sobre tan delicado asunto tu afectísimo P.

FR. A.



XX

NATURALEZA Y PROPIEDADES DE LOS VOTOS RELIGIOSOS.

Melius est non votere, quam post votum promissa non reddere.

ECCLE. 5. 4.

Vale mucho más no hacer voto, que dejarlo de cumplir después de hecho.

ECCLE. 5. 4.

DEVOTA sierva de Cristo: Uno de los más grandes y provechosos consejos que Salomón nos dejó escritos, es el que sirve de epígrafe á la presente. En él nos avisa el Sabio la necesidad de cumplir nuestras promesas, advirtiéndonos antes que es mejor no hacer votos, que dejarlos de cumplir una vez hechos. Si todos los religiosos tuvieran siempre presente este consejo, no habría tantos y tantas que oscilaran entre el disgusto y el arrepentimiento, dando al olvido sus promesas ó descuidándose en cumplirlas. Este descuido y aquel olvido provienen muchas veces de que no se conoce á fondo la esencia, el a'cance, la naturaleza y propiedades de los votos; y de aquí la necesidad de pararnos á estudiar este punto